

Poder, cambio y diversidad en la Revista Mexicana de Sociología: una presentación

Desde su fundación en 1938, por el entonces director del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, doctor Lucio Mendieta y Núñez, la *Revista Mexicana de Sociología* se ha propuesto como tareas principales: 1) divulgar el conocimiento sociológico ya admitido por la comunidad académica internacional; 2) proporcionar apoyos a quienes enseñan y a quienes aprenden sociología; 3) difundir los hallazgos tanto de la investigación interna del Instituto, en particular, como la mundial, en general, 4) mostrar cuáles son las lagunas que deben cubrir investigaciones futuras y 5) estimular tanto la investigación social en sentido amplio como la sociológica en sentido, estricto.

Al fundarse en 1951 la entonces Escuela (hoy Facultad) de Ciencias Políticas y Sociales de esta misma Universidad, algunas de las funciones que en México correspondieron inicialmente al Instituto y a su *Revista* hubieron de recaer naturalmente en la Escuela y en sus publicaciones. De ese modo, desde entonces, sin que esto haya producido fricciones jurisdiccionales o separaciones absolutas, la Facultad ha tenido que preocuparse en proporcionar —sobre todo— los apoyos necesarios a una enseñanza y a un aprendizaje que se realizan en condiciones especialmente difíciles en países pobres como México, aun cuando no haya dejado de hacer aportaciones a la investigación puesto que la suya tiene que tener una orientación distinta a la que se realiza en el Instituto y se difunde en la *Revista*, en cuanto más que fin en sí, es la de la Facultad medio para un fin: el de aprender y enseñar sociología y preparar para que sus sociólogos y politicólogos en agraz produzcan, a su vez, sociología y ciencia política.

Afortunadamente, incluso aunque no se haya contado con una definición jurídica muy estricta de las relaciones que dentro de la Universidad deben de establecerse entre los Institutos —por un lado— y las Escuelas y Facultades —por el otro—, en Sociología, la Universidad de México se pudo beneficiar del hecho de que quien llegó a ser director de su Instituto de Investigaciones Sociales (y, más tarde, su propio Rector), el

doctor Pablo González Casanova, había sido, previamente, investigador de este Instituto y, después, director de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales, así como que, a partir del segundo año de la fundación de la Escuela, el Instituto había comenzado a aumentar y renovar su personal mediante el reclutamiento de profesores, egresados y estudiantes de la misma y que, desde entonces, los investigadores del Instituto han desarrollado simultáneamente labores de pesquisa en él y de docencia en la Facultad.

En los años futuros, puede desearse y preverse que algunas de las labores que ahora realizan en forma conjunta el Instituto y la Facultad a través de sus respectivas publicaciones, en el campo de lo que constituye más estrictamente la divulgación cultural, lleguen a ser la preocupación central de otros órganos pues, si bien es cierto que la "Divulgación Cultural" se desarrolla hoy dignamente en la Universidad Nacional, aún no alcanza su estatura completa al lado de las otras dos actividades universitarias básicas (la investigación y la docencia) y la del divulgador universitario aún no llega a ser jerarquía y especialización igual pero separada de las de investigador y maestro puesto que: 1) requiere entender el lenguaje de investigadores y maestros y 2) impone el tener la capacidad para hacerlo inteligible (cambiando su "registro" lingüístico) a los alumnos y al pueblo en general.

Así, sin que ni el Instituto ni la Facultad hayan de renunciar a difundir (el uno en alto nivel académico, la otra en el apropiado nivel docente) ya sea el conocimiento sociológico a discusión o ya sea el conocimiento sociológico admitido, sus órganos de publicación podrán —en lo futuro— concentrarse, más particularmente, en dar a conocer los hallazgos de la pesquisa propia y ajena y suscitar nuevos temas y problemas de investigación sociológica y politicológica.

Dentro de esta trayectoria, durante los 38 años recién pasados de publicación de la *Revista Mexicana de Sociología* y del Instituto mismo, al lado de los trabajos de sus propios investigadores o de quienes con ellos han colaborado, se han publicado los de investigadores extranjeros. Al hacerlo, se ha tenido el ánimo de hacerlos accesibles a la comunidad académica de habla castellana (más particularmente a su porción mexicana) cuyas condiciones sociales de investigación no son idénticas a las de otros países (especialmente, los ricos) ya que el avance intelectual de ésta y sus posibilidades de servir dependen de que sea realista; de que reconozca ciertas realidades básicas para tratar de superarlas; de que se percate de que: 1) aun cuando decrezca en forma diacrónica aún subsiste, por el momento, el hecho de que no todos los universitarios de habla castellana manejan con efectividad los idiomas de comunicación académica internacional; 2) de que son pocos quienes, entre ellos, disponen de medios económicos suficientes para trasladarse o participar en cualquier otra forma en la mayoría de las reuniones académicas y para obtener en ellas publicaciones periódicas y no periódicas, definitivas y provisionales en las que se va recogiendo la marcha de sus disciplinas, y 3) que ni aún dentro de sus

países logran obtener siempre y con oportunidad —a pesar de loables esfuerzos— los elementos de apoyo clásicos y modernos para el quehacer científico, del tipo de los que deben proporcionar las bibliotecas y los centros de documentación.

Esto explica que, tanto en el pasado como en el presente, el Instituto haya editado, por ejemplo, al lado de las memorias de los congresos sociológicos nacionales que realizaba, ciertas recopilaciones de algunas de las comunicaciones más importantes entre las presentadas a algunos de los congresos sociológicos internacionales, y que en la *Revista* —al lado de números preparados total o principalmente por su personal— haya solido recoger artículos de procedencia externa, para suscitar, a su través, nuevos focos de interés entre sus propios investigadores y, más ampliamente, entre los otros de la comunidad académica de habla castellana, dentro de la que es una de las publicaciones más viejas y prestigiadas.

Responde a esa política general de publicaciones el interés que los responsables de la *Revista Mexicana de Sociología* tuvieron en elegir, de entre las comunicaciones presentadas al Noveno Congreso Mundial de Ciencia Política reunido en Montreal en 1975, algunas de las más relevantes entre las referidas a temas que son preocupación constante en el Instituto, más especialmente a partir de 1966 en que tomó posesión como director el doctor Pablo González Casanova, a saber: el cambio social meliorativo (llámesele “desarrollo”, llámesele “progreso” o se le denomine como se le denominare); el poder y su empleo para lograr ese mejoramiento, y la comunicación gracias a la cual se transmiten los impulsos indispensables para el ejercicio de un poder capaz de mejorar la vida humana precisamente con la participación del hombre.

De ahí que el licenciado Raúl Benítez Zenteno, en su función de director del Instituto durante los seis años recién pasados, haya considerado oportuno programar la publicación de un número de la *Revista Mexicana de Sociología* en el que se contuviesen algunos de los trabajos de ese congreso politicológico (sociológico de proyección en cuanto se propuso estudiar los vínculos con otros sectores de la vida social al definir su tema como el de “La Política entre la Cultura y la Economía”), eligiéndolos más particularmente de entre las comunicaciones turnadas a las secciones consagradas a la formación de naciones, a la comunicación política y a los conflictos políticos y lingüísticos.

Los materiales destinados al o a los números correspondientes ya habían sido seleccionados por el director; del doctor André Phillipart, secretario de la Asociación Internacional de Ciencia Política, se había obtenido ya la autorización para traducirlos y publicarlos; los textos habían sido traducidos ya por varios miembros del Instituto y, ordenados convenientemente por la licenciada Leticia Ruiz de Chávez, secretaria de la Revista, estaban a punto de ser enviados a la imprenta en el momento en que, dentro del proceso normal de cambio de responsables de la dirección fue elegido por la Junta de Gobierno de la Universidad para

desempeñar dicho cargo, el licenciado Julio Labastida Martín del Campo, investigador del mismo.

Dentro de las normas de mutuo respeto académico que deben presidir (y que afortunadamente siguen presidiendo, en forma predominante) la actividad universitaria, el licenciado Julio Labastida, en su calidad de director del Instituto decidió respetar la decisión tomada por su antecesor así como el esfuerzo desarrollado por los colaboradores de éste, publicando esos materiales sin sacrificar —por otra parte— otros compromisos institucionales contraídos por la Revista. En función de estos últimos y del volumen (excesivo para las normas de la Revista en su segunda época), a sugestión de sus colaboradores decidió posponer o transferir parte de los materiales y recoger en el tercer número de 1976 aquellos de interés más evidente e inmediato; los más capaces de conducir al enriquecimiento de las categorías sociológicas y politicológicas y de estimular la discusión y la pesquisa en ciertas áreas de estas disciplinas.

Fue así como se eligieron sólo diez artículos que se creyó conveniente agrupar bajo el título común de "Poder, Cambio y Diversidad Sociales", reuniéndolos en tres sub-grupos temáticos consagrados: *el primero*, al poder puesto en relación con el cambio modernizador; *el segundo*, a las formas de la comunicación política en relación con los medios sociales de difusión, y *el tercero*, al reflejo sociopolítico de los conflictos lingüísticos y la producción de otros conflictos de este mismo tipo por ciertas decisiones de carácter político.

En el primero de los apartados, se incluye una colaboración teórica, muy general, pero que se espera suscite ecos de alguno de los clásicos de la sociología estudiosos del Estado y delineador de una serie de enfoques posibles del mismo (Oppenheimer) y que, sin renunciar a las ganancias de la especialización por áreas culturales y etapas de desarrollo restaure la necesaria unidad del conocimiento socioantropológico (a la manera de Bendelier con sus estudios de antropología política), en cuanto la comprensión cabal del Estado moderno no puede lograrse si no se tiene un conocimiento igualmente cabal y contrastante de las formaciones políticas "pre-Estatales" y de las tendencias que apuntan hacia un futuro quizás "post-Estatal" en el que —de acuerdo con una polarización vigente en prácticamente todo lo humano— mientras, por un lado, los Estados nacionales tienden a conglomerarse y fundirse en formaciones más extensas de apetencia mundial, por el otro, los existentes se escinden y disgregan, con una especie de nostalgia por la ciudad-Estado (por la *polis*) en la que las decisiones eran directas y con la presencia de todos los ciudadanos mientras que —más concretamente— la tarea de gobernar se inscribe en una tendencia a la especialización que recoge todas las ventajas de una preocupación absorbente, exclusiva, permanente por un cierto orden de problemas, pero que, si no se la rodea de las precauciones adecuadas, corre el peligro de prescindir de una participación de todos los ciudadanos en decisiones que, simultáneamente, a todos les incumben y a todos los afectan.

Junto a esta colaboración de sello teórico, general (*afortunadamente* muy discutible), se han colocado otras colaboraciones en las que la exploración es más bien de tipo metodológico, de introducción o revalidación de categorías más o menos novedosas; de su puesta a prueba o de su puesta en práctica en el estudio de realidades concretas, de carácter político-social. Se trata, muy especialmente, del intento de borrar la concepción unilineal y simplista de los estudios politicológicos; de reconocer que éstos tienen que realizarse en muchos *niveles* y en muchas *etapas* (estática y dinámica de los clásicos de la sociología, sincronía y diacronía de los de la lingüística); de reconocer, además, que si son múltiples las etapas que hay que reconocer en un proceso social, cuando se haga intervenir el designio voluntarista para la búsqueda de ciertas finalidades, será indispensable que las etapas del proceso se serien en determinada forma (pues si se realiza primero A, después B y al final C, se obtiene un resultado distinto de cuanto primero se realiza A, después C y al final B... o primero C, después B, y al final A).

Pero, como lo muestra la tercera de las colaboraciones seleccionadas para esta sección, importa no sólo el *orden* de las operaciones sino, también *el ritmo* con el que se realicen. De este modo, una seriación perfecta desde todos los demás ángulos puede fracasar si se la apresura o se la retarda excesivamente ya como un todo o ya por lo que se refiere a una o más de sus etapas. Esto último, porque tanto los individuos humanos como sus agrupaciones, sus sociedades y la sociedad humana toda, tienen sus propios tiempos de reacción inviolables (que si se violan, producen desastres).

Por este rumbo, como señalan estos politicólogos, en plan cuasi-experimental (con menos rigor metodológico del que hubiéramos querido, pero, aun así, de manera efectiva) en países que, en varios sentidos, comparten unos mismos antecedentes, los resultados de la acción política han podido y tenido que ser diferentes porque o se han ordenado en forma diferente las operaciones desenvolvimentistas o se ha sentido impaciencia en algunos y, al no respetar los tiempos psicológico-sociales de reacción, en vez de obtenerse la aceptación de ciertas políticas, se ha cosechado su rechazo. Porque esos mismos colaboradores han puesto de manifiesto que la acción política se tiene que realizar tanto sobre el plano *institucional* (objetivo) como sobre el subjetivo (educación y propaganda) de las *actitudes y opiniones* de quienes han de ser *beneficiarios* —así— de la acción política, pero que tienen que ser también *cooperadores* de esa acción política si ésta ha de ser de activa participación democrática y no de larvado “despotismo ilustrado”.

En esas comunicaciones, el color local (japonés y africano) puede hacer que se perciban poco las líneas estructurales (teóricas) del cuadro (que en el caso nipón se reduce casi a una gráfica); pero, aun así, el advertido puede hacer que indicios procedentes de otras fuentes ayuden a que el colorido local subraye en vez de difumar los mismos grandes ejes constitutivos del mismo.

Desde este ángulo es desde el que destaca la importancia de las colaboraciones conjuntadas en la segunda parte de este número a la política y a los medios sociales de difusión. Quizás sea superfluo recordar aquí la cuasi correspondencia que Karl Deutsch ha establecido entre la entidad política y la colectividad comunicante, pero, aun así, hay que señalar que concepciones como éstas son las que presidieron la formación de ese segundo apartado.

Aunque ahora se haya creído conveniente terminar con una colaboración de este tipo, en vez de iniciar con ella la sección (al modo en que se hizo en la primera) reaparece aquí la importancia del continuo sociológico en un estudio —de bella factura— del politicólogo africano Ali A. Mazrui, quien señala la importancia de la persuasión para el logro y el ejercicio del poder en unas sociedades ampliamente pre-letradas o ágrafas, como las del Africa Negra, en las que las élites, ya alfabetizadas, han sido influidas por el idioma y la retórica de sus colonizadores; sociedades en las que se presenta la amplia gama de las retóricas africanas, de la inglesa, de la marxista así como el rejuego apasionante de todas estas manifestaciones que se dan como una muestra más de la contemporaneidad de lo no coetáneo.

Mientras tanto, en las otras colaboraciones se exploran las diferentes formas en que esa persuasión política se produce en el ámbito de la modernidad; la forma en que se encamina y manifiesta en el empleo de los modernos grandes medios de difusión.

Apunta ahí la necesidad de realizar no sólo descripciones y evaluaciones nacionales como la intentada, para México, por nuestra compañera de Instituto, Regina Jiménez de Ottalengo y presentada al Congreso Mundial de Sociología reunido en Toronto mientras el de Ciencia Política deliberaba en Montreal, sino que es indispensable integrar todas esas descripciones y evaluaciones nacionales de la prensa, del radio, del cine y de la televisión así como su uso político (conjunto o disjuncto; uniforme o diferenciado) en una perspectiva comparativa que —por desgracia— hasta ahora sigue siendo predominantemente la de los sociólogos estadounidenses y europeos con experiencia sólo o casi sólo de sus propios medios y de sus propias prácticas.

Porque sigue siendo poco el conocimiento mundial de la forma en que esos difusores o se emplean o se dejan de emplear en países que no son los de Europa y la porción más septentrional de América así como de las maneras a) en que muchos procesos similares se instrumentan con medios distintos de los modernos grandes difusores, pero con propósitos y resultados muy parecidos y b) en que quizás los mismos medios modernos de difusión (nosotros les llamaríamos simplemente “difusores” por antonomasia) se utilizan, en ciertas regiones, con resultados y propósitos muy diferentes a los de las democracias occidentales, que es algo hacia lo que apunta —también— sin ahondar en ello, uno de los estudios escogidos.

Aun así resulta sugerente la forma en que los escandinavos subrayan en su estudio el paralelismo entre las fases de avance económico general

y las de la industria periodística y la manera en que, dentro de las mismas se escalonan, descomponen o recomponen las transacciones entre: a) la prensa y los partidos, b) la prensa y los negocios, c) la prensa y el gobierno en general, d) la prensa y la élite gobernante y cómo a cada una de las formas de predominio de ciertas transacciones sobre las restantes la acecha un peligro específico.

En ese examen más detenido que se hace de las tendencias de la prensa escandinava puede que le asombre a quien no coloca sus observaciones pueblerinas en una perspectiva mundial el que mientras en unos sitios y sectores preocupa o azora la diversidad en cuanto real o posible generadora de conflictos, en otros sitios y sectores lo que preocupa es, precisamente la posibilidad contraria: la de que desaparezca la diversidad y se entronicen una uniformidad depauperadora de lo humano, hasta tal punto que la desaparición de algunos diarios capaces de emitir opiniones propias (políticas y de otros tipos) ha sido vista no sólo por la ciudadanía y por los estudiosos sino también por los propios *gobiernos* escandinavos, como una amenaza para su manera especial de concebir y practicar la democracia y preservar la libertad.

Puede observarse también cómo, por otro lado, los distintos medios de difusión sufren de parte de la política y ejercen en ella una influencia diferenciada y diferenciadora y que la de los medios no es la marcha triunfal que se esperaba y temía hacia el dominio total o la manipulación incontrolada de los seres humanos puesto que sus responsables mismos ya captan la diversificación y complicación creciente de los sectores de opinión a los que se dirigen (por lo menos en los países que tienen mayor conciencia crítica y más amplio deseo de participación social activa) y, de este modo, han llegado a sentir una creciente inseguridad en cuanto al modo de manipular a un auditorio que —en contra de lo que se creía— en vez de tornarse más dócil se vuelve más arisco y descontentadizo.

Esto, a su vez, se refleja en las campañas políticas —se realicen o no por televisión— y en la inseguridad que les hacen experimentar a los mismos beneficiarios de la campaña puesto que los candidatos, en muchas de las grandes democracias han comenzado a experimentar la angustia de no saber cómo conquistar partidarios para las elecciones; puesto que Kennedy y Nixon primero, y hoy quienes les suceden se enfrentaron y se enfrentan a una crisis dentro de la que los candidatos ya no pueden reducirse a ser las simples “personalidades de compra-venta” (“Soy como tú me quieras”) en las que se han venido convirtiendo, sino que tienen que decidirse a ser, de nuevo, las personalidades fuertes, acusadas, acrisoladoras de los principios del partido y dispuestas a correr el riesgo de perder en una contienda electoral al presentarse a ella sobre la base de un “Así soy, y así me apoya mi partido; si quieres, tómame y si no, déjame” pues sólo por esta vía llegarán a constituir una clara divisoria de las aguas en el enfrentamiento electoral y en una brújula confiable (se marche hacia el norte o hacia el sur, hacia la derecha o hacia la izquierda) para sus propios países y para la comunidad internacional.

En último lugar, se han recogido también dos de las colaboraciones (una más, la de Mackey sobre la factibilidad de las políticas sociolingüísticas aparece en el 20. número de la Revista), referentes a la diversidad idiomática (que no siempre es freno al desenvolvimiento y tampoco es, de por sí, factor de desenvolvimiento como demuestran las discusiones recientes sobre la materia) en relación con la política. Aquí, de nuevo, parece que la inclusión de colaboraciones como la de Laponce (canadiense, autor de *The Protection of Minorities*, ya clásico y presidente de IPSA en Montreal) se sigue resistiendo el hecho de que estos estudios se refieran a las condiciones belgas, suizas o canadienses y no a otras de diversidad lingüística en las que aún no se consolidan formaciones políticas —gubernativas o no— como las de esos países.

En ese sentido, y en particular en relación con la existencia de agrupaciones regionales (como la Latinoamericana de Sociología), al elegir esos trabajos de maestros de la sociología y politicología europea, canadiense y estadounidense, la Revista piensa no sólo en dar a conocer los problemas, planteamientos, métodos, técnicas, resultados y soluciones de investigadores de tales procedencias sino en suscitar o estimular el estudio de las propias situaciones, el planteamiento de los propios problemas y la sugestión y evaluación de sus propias soluciones por los latinoamericanos, mientras se espera el día en que se complementen debidamente las perspectivas sociológicas con otros dos tipos de estudio: a) el que ellos hagan de nosotros en una línea distinta de la que han acostumbrado hasta ahora, y b) el que nosotros hagamos de ellos, y que hasta ahora casi nunca nos hemos atrevido a emprender, como si temiéramos cometer un desacato.

Pero, por otra parte, se debe observar cómo un politicólogo de la talla de Laponce no rehuye explorar las implicaciones que para la política (objetivación total, plenaria) tienen las motivaciones psicológicas (entresijo subjetivo) puesto que incluso habla de sentimientos y de reacciones individuales, reconociendo implícitamente que, por convergencia no buscada (recordar la *Causación social* de MacIver, indigna del olvido en que se la tiene) son ellos los que acaban por constituir las actitudes y opiniones sicosociales y finalmente las manifestaciones sociales de la conducta.

Mientras tanto, Lijphart pone de nuevo sobre el tapete de la discusión, sólo que en una perspectiva más dinámica, el tema de la concordancia-discordancia, concordancia defasada, isomorfismo o heteromorfismo, autonomía, semiautonomía o heteronomía de las diversas esferas socioculturales del tipo del que ocupó hace algunos años (sin llegar a pronunciamientos concluyentes) a los lingüistas reunidos para discutir la hipótesis Sapir-Whorf, en cuanto, dialécticamente, la diversidad lingüística puede y suele producir fricción y conflictos políticos, y las decisiones con las que se intenta resolver éste —a pesar de resultar en veces muy satisfactorias sobre el papel— no hacen sino acentuar la fricción y precipitar el conflicto. O sea, que, en ese sentido esas decisiones de acuerdo con

su prudencia o imprudencia, su oportunidad o inoportunidad consolidarán o debilitarán la diversidad lingüística interna de las entidades políticas y, en sus diversas combinaciones, propiciará o desalentará el cambio y —de nuevo sin correspondencia biunívoca con los términos anteriores de esas dicotomías— mejorará o empeorará las condiciones generales de toda la sociedad y particularmente la de algunos de sus grupos frente a los restantes.

En vísperas de recibir una nueva dirección del licenciado Julio Labastida, la *Revista Mexicana de Sociología* ha considerado pertinente tomar como pretexto la presentación y justificación de este número para hacer brevísimo examen de conciencia de su propio desempeño en los años recién pasados, a fin de recoger de él lo bueno y vigente, desechar lo malo y caduco e injertar en su propia tradición los elementos nuevos que, sin prescindir de su prosapia, habrán de revivificarla y enaltecerla, acendrándola dentro del quehacer del Instituto de Investigaciones Sociales del que es órgano oficial, y proyectándola hacia la comunidad académica internacional a la que, como miembro de esa internacional del espíritu que es la Universidad, debe brindar su decidida y amplia colaboración.